Año III — BUENOS AIRES, 12 DE DICIEMBRE DE 1896 — Num. 24

EL OPRIMIDO

Por todo lo que se refiere al periódico dirigirse á:
EL OPRIMIDO
Calle Corrientes 2039
BUENOS AIRES

SE PUBLICA
por suscripción voluntaria

PERIODICO COMUNISTA-ANARQUICO

LA DISCIPLINA

¡No obstante de que matan á los soldados en los cuarteles, sin piedad, á fuerza de azotes, dicen que se relaja la disciplina! Así se queja *La Nación* del 27 del mes pasado.

Que se relaje, decimos nosotros, y lo más pronto posible, y si podemos contribuir en algo á su relajamiento, tendremos la satisfacción de haber hecho un bien á la humanidad y haber contribuido mucho á la emancipación completa del género humano.

Y, efectivamente, *La Nación* nos hace el honor de atribuirnos á nuestra parte la buena obra de la relajación diciendo que resulta, en parte, de la distribución de folletos y otros impresos anarquistas entre los soldados, especialmente una hoja impresa que se titula El Oprimido, cuya hoja el jefe del cuerpo de ingenieros encontró en manos de sus esclavos uniformados.

¡Qué bomba caída en una fortaleza de la tiranía, del oscurantismo y de la falsedad y mentira ha sido siempre «la hoja impresa» que se atreve á decir la verdad! Y la verdad en este caso es que la disciplina es un anacronismo, es un resto del barbarismo, es el ultraje más grande inferido á la dignidad humana.

Es la última expresión de la esclavitud. El soldado fué antiguamente el esclavo propiedad del amo, cuyo amo le ponía armas en la mano, y le vestía de su librea, y le ordenaba matar á los esclavos de otro amo, su contrario. Obedecía el esclavo porque el amo tenía sobre él el derecho de la muerte, y porque le habían engañado diciéndole que era su deber obedecer, siendo la voluntad de un Dios poderoso que él fuese esclavo y el otro amo.

Pero ¿en nombre de qué principio tienen la audacia hoy en día de reclamar una obediencia degradante de un hombre que tenga un resto de dignidad, y que no está conforme en decir: «Soy un esclavo por la voluntad de Dios?

Que lean nuestros lectores en las filas del ejército y de la Guardia Nacional la siguiente carta, noble y digna contestación de un joven holandés, que fué llamado por la autoridad militar para hacer ejercicios doctrinales en la guardia cívica:

«*Tú no matarás.*»

«Al Señor Hermann Snijders comandante de la guardia cívica del distrito de Middelburg.

»Señor:

»He recibido la semana pasada una orden por escrito de presentarme al Cabildo para incorporarme allí en la guardia cívica.

»Como Vd. habrá notado ya, sin duda, he faltado al llamamiento, y esta carta tiene por objeto hacerle saber, con toda franqueza, y sin más vueltas, que no tengo la intención de presentarme delante de la Comisión, sabiendo al mismo tiempo que asumo una gran responsabilidad. Sé muy bien que Vd. tiene el poder de castigarme y que no dejará de hacer valer su derecho. Pero nada de eso me puede asustar. Los motivos que me impelen á ejecutar este acto de resistencia pasiva son bastante serios para contrabalancear, á mi modo de ver, las responsabilidades en que incurro.

»No soy cristiano, se lo declaro, y sin embargo comprendo mejor que la mayoría de los cristianos el significado del mandamiento con que he encabezado esta carta, y sin el cual el hombre no sería un ser razonable. Cuando era niño me enseñaron el oficio militar, el arte de matar; hoy la rehuso. Sobre todo no quiero matar en obediencia de órdenes recibidas, es decir, cometer un asesinato sin ningún motivo personal, sin ninguna razón cualquiera, y contra mi propia conciencia. ¿Podrá Vd. citarme cosa más degradante para un ser humano que eso de participar, en tales condiciones, en escenas de sangre y matanza?

»Yo no puedo matar ni ver matar á un animal, y por no matar animales me he vuelto vegeteriano. ¡Y Vd. podría darme la orden de tirar sobre algunos hombres que nunca me habrían hecho mal! Porque cuando enseñan á los soldados el manejo del fusil, no es para que tiren sobre las hojas ó ramas de los árboles, me parece.

»Vd. me contestará, quizás, que le corresponde á la guardia cívica, ante todo, contribuir á la conservación del orden público. Pues bien, Señor Comandante, si el orden realmente reinara en nuestra sociedad, si el organismo social fuera verdaderamente sano, si, en otros términos, las relaciones sociales no presentaran abusos tan clamorosos, si no fuera un hecho que al mismo tiempo que un hombre tal se entrega á todos los excesos del lujo, tal otro se halla en peligro de morirse de hambre, Vd. me hallaría entre los defensores del orden y en el primer rango. Pero me niego absolutamente á concurrir por mantener el orden de cosas establecido.

»¿Para qué, Señor Comandante, tratar de engañarnos uno á otro? Sabemos perfectamente los dos lo que quiere decir la conservación del orden actual: es el apoyo prestado á los ricos contra los trabajadores que empiezan á tener conciencia de sus derechos. ¿Acaso no hemos visto el papel que hizo su guardia cívica en Rotterdam, durante la última huelga? Sin razón, durante horas enteras tuvo á los hombres sobre las armas, para proteger las propiedades industriales amenazadas. ¿Puede Vd. suponer un solo momento qne yo concurriría en la defensa de gente que, en mi convicción sincera, no hacen más que entretener la guerra entre el capital y el trabajo, y de que yo soy capaz de tirar sobre los obreros que obran dentro de los límites estrictos de su derecho? No; Vd. no es tan ciego. ¿Por qué entonces no tomar las cosas tal como están? De todos modos yo no puedo permitir que hagan de mí uno de estos guardias cívicos amoldados por la disciplina, que Vd. quiere tanto, y que le es tan necesaria.

»Estas son mis razones — (la principal es que aborrezco la idea de matar por orden) — por las cuales me niego á entrar en la guardia cívica. Tenga Vd. el bien de no mandarme ni uniforme ni armas, porque me he decidido á no servir.

Tengo el honor, etc.

J. K. Van der Veer.»

Esta carta la hemos sacado del suplemento literario de *Les Temps Nouveaux*. Figura allí en un artículo ó folleto del Conde Tolstoy, que nuestro querido colega reproduce.

Tolstoy está haciendo una propaganda inmensa contra el militarismo, y contra todo gobierno, ley, autoridad y hasta contra la Iglesia, demostrando que las verdaderas enseñanzas de Jesús están contra todas las instituciones.

Lástima es que Tolstoy no deje á un lado á su Cristo; pero aún así, hace propaganda anárquica, la que ha tenido ya resultados prácticos.

Siempre la moral

Compañeros:

Dos documentos en forma de manifiestos que han llegado á mis manos últimamente, me han hecho pensar otra vez en la necesidad en que estamos de formar y propagar ideas justas y bien definidas respecto á la cuestión de la moral.

El primero de estos documentos viene de Londres, (1) y para mí emana seguramente de unos espías al servicio de la policía que andan entre los compañeros de allá.

A lo menos recuerdo haber visto otros de la misma índole que fueron puestos en circulación por el traidor y espía Coulon, el que tramó el complot infame que dió por resultado la prisión por diez años de unos pobres mozos, los más inocentes de toda intención de hacer daño á nadie.

Tales manifiestos no tendrían para mí importancia ninguna, si no fuera que pueden causar un efecto funesto entre esos compañeros de buena fe que todavía no tienen opiniones bien definidas sobre la cuestión de la moral; porque, si uno no admite que haya moral, no puede criticar la conducta del otro y estos pillos que atacan de un modo tan infame á los mejores compañeros y propagandistas de nuestras ideas, estarían, en ese caso, perfectamente intachables, como sería también el traidor Coulon, que, para ganar dinero, vendió á los compañeros en Walsall á la policía.

El otro documento á que me refiero es uno que nos han mandado de Montevideo. No tengo duda que sean hombres de buena fe los remitentes, pero dan pruebas de un espíritu de tiranía, y una intolerancia para las opiniones y apreciaciones de otros, que les priva para mí de todo derecho de llamarse anarquistas, porque el anarquista es uno que ama la libertad y lo sostiene en todo y por todo.

Ahora, si el compañero que se firmó «Ba-

(1) Es un manifiesto titulado: *Tartarin en Degringolade!*

kounista », y que yo no conozco ni por nombre, ha formado ciertas opiniones y apreciaciones respecto al movimiento anárquico en Montevideo, que para otros son completamente erróneas, éstos no tienen ningún derecho en dirigirle insultos y ofensas, y han hecho muy mal en hacerlo; es decir, han violado todo principio de la moral anarquista, la que tiene por base la libertad.

Se han enfurecido también con El Oprimido por no haber publicado su carta enseguida, sin esperar á saber la razón ó el motivo por que así no se hizo, insultando sin saber si causa había para enojarse.

¡Pero el anarquista anti-moralista es necesariamente, por resultado de su creencia negativa, todo un papa ó un czar: todo lo que hace está bien hecho, y ninguno tiene el derecho de criticarle, puesto que no hay ninguna moral que sirva de norma á su conducta!!

La carta no fué publicada porque se perdió en el correo. De Buenos Aires me la mandaron á mí para saber si en mi opinión una carta tan llena de insultos é improperios debía publicarse, y yo la devolví enseguida con las frases y palabras inconvenientes borradas, diciendo que así creía que debía publicarse.

No llegó á la administración de Buenos Aires, perdiéndose en el Correo.

Hay buenos compañeros que aún cuando están conformes conmigo sobre esta cuestión, creen todavía que no conviene discutirlo mucho, calificando tales discusiones de bizantinas; pero á mí me parece muy útil y necesario esclarecerla, porque los compañeros de buena fe que quedan todavía sin comprender lo que es la moral anarquista, son como hombres desarmados en frente del enemigo, cuando algún miserable traidor se propone sacrificarlos, engañarlos ó explotarlos; también se pervierten ellos, acostumbrándose á hacer todo lo que se les antoja al momento, sin reflexionar ni pensar bien el pró y el contra de cualquier línea de conducta que piensan seguir.

Por haber rechazado toda moral, algunos de nuestros diarios vinieron á ser una vergüenza para la propaganda, siendo más indecentes en su lenguaje que los más indecentes burgueses.

Sobre la moral anarquista Kropotkine ha publicado todo un folleto, y hemos publicado de él algunos párrafos en El Oprimido, como también lo que dice sobre esta cuestión Eliseo Reclus en su conferencia sobre la Anarquía.

Pero ninguno de estos dos grandes pensadores ha podido presentar el asunto de modo que sea comprendido por nuestros antimoralistas.

Tengo el agrado ahora de poder ofrecerles la opinión de Bakounine, en un artículo publicado en *La Société Nouvelle,* del mes pasado.

En otro lugar pueden leerlo los compañeros.

J. Creaghe.

La moral absoluta

¿Hay un derecho humano y una moral humana absoluta? Por el tiempo que corre, y viendo todo lo que pasa y que se hace en Europa, uno está obligado á hacer esta pregunta.

En primer lugar ¿ existe el absoluto, y no es todo relativo en el mundo?

En cuanto á la moral y el derecho, lo que se llamaba derecho ayer, ya no lo es hoy, y lo que parece moral en la Gran China puede considerarse lo contrario en Europa. De este punto de visto, cada época no debería ser juzgada sino del punto de vista de las opiniones contemporáneas ó locales, y no habría ni derecho humano universal, ni moral humana absoluta.

De esta manera, después de haber soñado el uno y la otra cuando habíamos sido metáfisicos ó cristianos, hoy, siendo positivistas, deberíamos renunciar á este sueño magnífico, para recaer en la estrecha moral de la antigüedad, la que ignoraba hasta el nombre mismo de la humanidad, hasta el punto que todos los dioses no eran más que dioses exclusivamente nacionales, y accesibles solamente á los cultos privilegiados.

Pero hoy día, que el cielo ha quedado desierto, y que todos los dioses, incluyendo naturalmente el Jehovah de los judíos, el Alah de los mahometanos, y el buen Dios de los cristianos, se hallan destronados, hoy esto sería poco, y recaeríamos en el materialismo grosero y brutal de los Bismarck, de los Tiers y de los Federico II, según los cuales *el Dios estaba siempre de la parte de los grandes battallones,* como éste último lo ha tan bien expresado; el único objeto digno de culto, el principio de toda moral y de todo derecho sería la fuerza; es la verdadera religión del Estado.

¡Pero no, por cierto! Por más que somos ateos, y precisamente porque somos ateos, reconocemos una moral humana y un derecho humano, los dos absolutos. Solamente es preciso entendernos sobre la significación de la palabra *absoluta.* El absoluto universal, abrazando la totalidad infinita de los mundos y de los seres, no lo concebimos, pues no solamente somos incapaces de concebirlo por nuestros sentidos, sino que no podemos ni imaginarlo. Toda tentativa en este sentido nos llevaría al vacío, tan amado de los metáfisicos; es decir, á la abstracción absoluta.

El absoluto que entendemos nosotros es un absoluto muy relativo, y particularmente relativo al género humano.

El hombre está lejos de ser eterno: nacido sobre la tierra, morirá con ella, quizás antes de ella, dando lugar, según el sistema de Darwin, á un género más poderoso, más completo, más perfecto. Pero mientras exista, tiene un principio que le es inherente, y que le hace precisamente lo que es: éste es el principio que constituye, en relación con él, el absoluto. Vamos á ver qué es este principio.

De todos los seres que viven sobre la tierra el hombre es, al mismo tiempo que el más *social,* el más *individualista.* Él es también el más *inteligente.* Quizás hay algunos animales que son todavía más sociales que él, las abejas y las hormigas por ejemplo; pero en cambio, son tan poco individualistas, que los individuos de estas especies están completamente absorbidos y como aniquilados en la sociedad; son todo para la colectividad y nada, ó casi nada, para ellos mismos.

Parece que existe una ley natural en conformidad con la cual cuanto más una especie de animales sea elevada en la escala de los seres, por organización más completa, tanto más deja de latitud, de libertad, de individualidad á cada uno. Los animales feroces, que ocupan indudablemente el rango más elevado, son individualistas en grado supremo.

El hombre, animal feroz por excelencia, es el más individualista de todos. Pero al mismo tiempo (y es uno de sus rasgos distintivos) él es eminentemente, instintivamente y totalmente socialista. Tanto es así, que su inteligencia misma, que lo hace superior á todos los otros seres vivientes, y que lo constituye de cierta manera el dueño de todos, no puede desarrollarse y llegar á la conciencia de sí mismo sino en sociedad y por el concurso de la colectividad entera.

En efecto, sabemos muy bien que es imposible pensar sin palabras; sin la palabra, ó antes de ella, puede haber sin duda representaciones ó imágenes de las cosas, pero no hay pensamientos. El pensamiento no se desarrolla sino con la palabra. Pensar, entonces, es hablar entre sí.

Pero toda conservación supone á lo menos dos personas. El uno sois vos; ¿quién es el otro? Es todo el mundo humano que conocéis.

El hombre, en cuanto á indivíduo animal, como todos los animales de las otras especies, tiene del principio y desde que empieza á respirar, el sentimiento inmediato de su existencia individual; pero no adquiere la conciencia reflexiva de sí mismo, la conciencia aquella que constituye su personalidad propiamente dicho, sino por medio de la inteligencia, y, por consiguiente, solamente en la sociedad. Vuestra personalidad, la más íntima, la conciencia que tenéis de vosotros en vuestro interior mental, no es, hasta cierto punto, sino un reflejo de vuestra propia imágen repercutida y devuelta á vosotros como por tantos espejos, por la conciencia, tanto colectiva como individual, de todos los seres humanos que constituyen vuestro mundo social.

Cada hombre que conocéis y con quien os hallais en relación, sea directa ó sea indirectamente, determina más ó menos una parte de vuestro ser más íntimo, contribuye á haceros lo que sois, y á constituir vuestra personalidad.

En consecuencia, si un hombre se halla rodeado de esclavos, aunque sea amo de ellos, no es menos esclavo él, la conciencia de ellos no puede por menos que devolverle su imagen envilecida. La torpeza de todos los otros nos entorpece á nosotros, mientras que la inteligencia de los demás nos ilustra, nos eleva; los vicios de nuestro ambiente social son nuestros vicios, y ninguno puede ser un hombre realmente libre, si no se halla rodeado por hombres igualmente libres; la existencia de un solo esclavo sería suficiente para minorar su libertad.

En la declaración inmortal de los derechos del hombre, hecha por la Convención Nacional, se encuentra claramente expresada esta verdad sublime: *que la esclavitud de un solo ser humano es la esclavitud de todos.*

Ella contiene toda la moral humana, precisamente la que hemos llamado *la moral absoluta;* absoluta, sin duda, en relación con la humanidad solamente, y no con el resto de los seres, ni menos todavía en relación con la totalidad infinita de los mundos, por nosotros eternamente desconocidos. Encontramos el gérmen de ella más ó menos en todos los sistemas de moralidad que se han producido en la historia, y de los cuales ella ha sido de alguna manera la luz latente, una luz que no se manifestaba en general sino por reflejos tan inciertos como imperfectos. Todo lo que vemos de absolutamente verdadero, es decir, humano, á ella es debido. Pero como podría ser diferente, puesto que todos los sistemas de moralidad que se han desarrollado sucesivamente en el pasado, como también todos los otros desarrollados por el hombre, entre ellos los sistemas teológicos y metafísicos, no han tenido jamás otra fuente que la naturaleza humana no han sido más que manifestaciones de ella, más ó menos imperfectas. Pero esta ley moral que llamamos absoluta ¿qué es sino la expresión, la más pura, la más completa, la más adecuada, como dirían los metafísicos, de esta misma naturaleza humana, esencialmente socialista é individualista al mismo tiempo?

M. Bakounine.

Las producciones de Ibsen

La distinguida Compañía Modena, que está actuando en el teatro Olimpo de esta Capital, se propone representar muy en breve las mejores obras del sublime noruego Enrique Ibsen, empezando con *Gli Spettri*, y siguiendo con *Un nemico del popolo*.

No nos cabe duda que tales obras serán fiel y enérgicamente interpretadas por artistas tan distinguidos como la señorita Olga Lugo y el señor Lotti.

Digna de aplauso es esta compañía.

CARTA DE ESPAÑA

Compañeros de EL OPRIMIDO

¡Salud!

Pocas nuevas puedo daros yo en mi carta puesto que, como supongo, el telégrafo continuamente os debe transmitir las calamidados que pesan sobre España; mas, sin embargo, puedo poneros al corriente de ciertos detalles, desgarradores por demás, que con seguridad el telégrafo se calla.

Hay momentos, amigos queridos, en que á uno le vienen ganas de renegar hasta del día que le vió nacer, al pensar en la miseria y la injusticia que en este suelo reina.

Cuando pienso con lo que pasa en Cuba y en Filipinas, y de la manera que nos están desollando á los anarquistas, y observo la indiferencia y sumisión de mis malditos conciudadanos, los pelos se me ponen de punta.

Es una vergüenza: nos estan asesinando á media España; se roba con el mayor descaro, se persigue y encarcela á los que por escrito ó de palabra sustentan ideas avanzadas, y nadie, absolutamente nadie, se atreve ni siquiera á decir esta boca es mía.

Aquí ya no hay nada: ni dignidad, ni vergüenza, ni sangre, ni nada; todo es degradación y miseria.

El proceso que por motivo de la bomba de la calle de Cambios Nuevos han formado á los anarquistas, hállase aun en un estado algo misterioso. De los 300 y pico de presos que había, han libertado unos cuantos, casi todos gente que ni siquiera de nombre conocen á las anarquistas; quedan aun encarcelados en las diferentes mazmorras de Monjuich, carcel y prisiones militares de los Docks, unos 200, muchos de ellos ni siquiera se llaman Pedro en materia de anarquismo.

Los procedimientos puestos en práctica para obligarles á declarar lo que á ellos (los jueces) les ha dado la gana, dicen que es de lo más criminal y bárbaro que se pueda imaginar.

La prensa (que se mantiene muy reservada en estos asuntos) de vez en cuando trae alguna noticia que confirma los rumores. Son muchas las veces que ha traído la noticia de varios intentos de suicidio de parte de los presos. El otro día, daba la noticia de que los presos estaban muy flacos y que la mayoría estaban en un estado de debilidad grande. Esto hace presumir lo criminal que será este proceso.

Los procesados por motivo de las bombas son unos 80, entre ellos hay amigos muy queridos.

Como autor material se cita á Ascheri, y como cómplices á Molas, Nogués, Callís, Suñé y Mas.

Yo, interín no vea pruebas más convincentes, seguiré sospechando que este proceso es otra infamia que se está elaborando contra los anarquistas.

Los pocos que hemos podido escapar de las garras policiales hacemos cuanto podemos para aliviar la triste suerte de las familias de los compañeros encarcelados. ¡Ah! Espanta el pensarlo. Mientras la autoridad se ceba de una manera harto criminal con los detenidos, la miseria se ceba de un modo desgarrador con sus familias, que sufren los horrores del hambre que diezma á la prole.

Y como que somos pocos los que quedamos, nuestros esfuerzos son, por lo mismo, insuficientes. ¿Podríais vosotros hacer algo? Se hace necesario, compañeros, esta vez más que nunca, el concurso de todos para remediar un poco la desgracia de aquellas familias, que, ya que lloran la ausencia del ser querido que sufre en hedionda mazmorra, ¡por lo menos que puedan llevar á sus bocas un pedazo de pan!

Esperando que así los entenderéis vosotros también, y que haréis un supremo esfuerzo, me despido hasta otra, deseándoos salud y emancipación.

V. J.

***

Por lo que habrán leído nuestros lectores en la carta que antecede, creemos que no les cabrá duda alguna de la espontosa miseria que sufren las familias de los numerosos compañeros tan arbitrariamente presos en Barcelona.

La solidaridad es una de las principales bases de nuestro humanitario ideal, y es un deber para nosotros hacer un esfuerzo á fin de remediar un poco el infortunio de aquellas familias.

Manos á la obra, compañeros, y que nuestra desinteresada expontaneidad sirva de alivio á las penalidades que afligen á aquellas innumerables víctimas del despotismo capitalista.

Como podrán ver los compañeros, en nuestras columnas está abierta una suscripción para llenar tan loable objetivo.

EL OPRIMIDO.

El grupo HUMANIDAD LIBRE *recientemente constituido en San Martin, Provincia de B. A., ruega á la redacción de los periódicos anarquistas, remitan 10 ejemplares de cada publicación dirijidos: A. Troitiño, calle Zárate, 277, San Martin, P. de B. Aires.*

TRIBUNA LIBRE

Á "Imparcial"

En los momentos más difíciles de la lucha, cuando no nos dábamos un instante de reposo en el duro batallar, las publicaciones socialistas y anarquistas me atacaban con frecuencia, haciendo de mi nombre blanco á sus tiros.

A ninguno de esos ataques contesté, porque en ellos se usaba un lenguaje al cual yo no puedo descender. Desprecio la diatriba soez, así como á la columnia que pretende herir ocultándose como los viles en las sombras del anónimo ó en el tumulto de las muchedumbres.

Y cuando en esos instantes en algun diario se me atacó con altura, no contesté porque no era oportuno.

Pero ahora, en estos momentos de tregua, creo que al ver mi nombre como epígrafe de un artículo de periódico anárquico, en que se me trata con el respeto que merece todo adversario leal, creo que no es indigno de mí el contestar.

Hombre de lucha y de trabajo, yo amo con amor inmenso al obrero, respeto su derecho, anhelo su bienestar, gozo con sus alegrías y sufro con sus dolores.

Soy altruista, y creo que no es hombre honrado ni varon justo el que solo se concreta á no hacer mal á nadie.

Creo en una ley de solidaridad humana que obliga á todos los hombres no solo á ser justos, sino que tambien á ocuparse de remediar los males de sus semejantes, y de proporcionarles la mayor suma de felicidad en la terrestre existencia; y creo que quien no cumpla esa ley de solidaridad tendrá indudable y forzosamente que recibir el merecido castigo.

Pero estoy firmemente persuadido y es profunda convicción en mí, que el hombre no puede conquistar ningun bien, sino es cumpliendo con la bendita ley del trabajo, y en virtud de mis creencias, creyendo cumplir con mis deberes, y deseando servir á mis semejantes, he combatido y he de combatir siempre á todo el que quiera poner un límite al derecho al trabajo que amplio y libre debe tener todo hombre.

Y los que quieren limitar las horas de trabajo y los que quieren suprimir las tareas por cuenta del obrero, violan y atacan ese derecho.

Por otra parte, consagrado dosde mucho tiempo atrás á la defensa de las industrias fabriles, porque creo que de su desarrollo y progreso depende en primer término la grandeza y el poderío de mi patria, yo he de defender para ser consecuente con mis ideas, á quien pretenda dañar estas industrias, sea el enemigo quien fuere. Y al defender á las industrias fabriles, sirvo grandemente á los obreros que en ellas emplean su tiempo y sus fuerzas.

La huelga en los establecimientos metalúrgicos era infundada, y más que infundada intempestiva; y envolvía un peligro que amenazaba de muerte á grandes establecimientos industriales, y que amenazaba dejar sin trabajo á millares de obreros.

Si á la baja del 15 °/₀ en el precio del oro, se agregaba el aumento por ciento en los jornales, los establecimientos metalúrgicos argentinos no hubieran podido competir con sus similares extrangeros, y en consecuencia quedaría abatido uno de los más importantes gremios industriales y destruidos los largos y grandes esfuerzos hechos para llevarlos al grado de progreso en que se encuentran. Podrá esto ser ó no ser exacto, podré estar yo ó no en error; no entro á discutirlo; pero yo lo creo y eso me bastaba y me basta para combatir á quien atacaba á lo que yo he defendido y defiendo

Pero hay más; la República Argentina para ser una gran Nación, necesita que aún lleguen muchos millones de hombres á sus playas, y esta necesidad no sería real y verdadera si las huelgas de obreros tuvieran su lógica y natural razón de ser en un país cuyo principal enemigo es el desierto.

Los obreros tienen el derecho de congregarse para defender sus intereses y buscar sus conveniencias; pero no tienen el derecho, como no lo tiene nadie, de obligar por la fuerza, con intimaciones de hecho ó de palabra de impedir que trabajen los que quieran hacerlo; y la verdad es que han impedido el trabajar á centenares de obreros que querían asistir á los talleres de donde sacaban los elementos necesarios para sostener á su familia. Puede afirmarse lo contrario, pero esa es la realidad de los hechos.

Busquen los que se llaman amigos del trabajador el destruir las injusticias sociales, busquen las más equitativa remuneración á todos los servicios de los que no tienen más capital que la fuerza muscular; pero busquen estos bienes respetando todos los derechos y la libertad de todos; y entonces pueden creer que tendrán también de su lado á un humilde pero incansable batallador que ama y que no teme á los obreros, como que no teme y que desprecia á los malvados, á los avaros y á los egoístas.

Las líneas que anteceden contestan á *Imparcial*, cuyo aprecio espera seguir mereciendo su servidor.

MANUEL C. CHUECO.

***

No hemos tenido inconveniente alguno en publicar la contestación del Sr. Chueco, como él nos lo rogó.

Nos tomaríamos gustosos la tarea de refutársela, ya que no estamos conformes con él, y no lo hacemos porque creemos que mejor corresponde á *Imparcial*, que esperamos lo hará en el próximo número.

LA REDACCIÓN.

Por falta de espacio no podemos publicar los originales recibidos, entre otros, unas preguntas que se hacen á los compañeros sobre la guerra de Cuba.

IMPORTANTE

En ocasión del 1º de año publicaremos un número de EL OPRIMIDO *extraordinario, de doble formato, conteniendo importantísimos artículos de propaganda.*

Esperamos que los compañeros contribuirán á nuestra iniciativa, remitiéndonos, á la mayor brevedad el fruto de sus esfuerzos, para que el tiraje de este número sea mayor que el de los demás.

También los que quieran remitirnos para el mismo buenos artículos de propaganda, les avisamos que serán admitidos hasta el 22 del corriente.

kounista », y que yo no conozco ni por nombre, ha formado ciertas opiniones y apreciaciones respecto al movimiento anárquico en Montevideo, que para otros son completamente erróneas, éstos no tienen ningún derecho en dirigirle insultos y ofensas, y han hecho muy mal en hacerlo; es decir, han violado todo principio de la moral anarquista, la que tiene por base la libertad.

Se han enfurecido también con EL OPRIMIDO por no haber publicado su carta enseguida, sin esperar á saber la razón ó el motivo por que así no se hizo, insultando sin saber si causa había para enojarse.

¡Pero el anarquista anti-moralista es necesariamente, por resultado de su creencia negativa, todo un papa ó un czar: todo lo que hace está bien hecho, y ninguno tiene el derecho de criticarle, puesto que no hay ninguna moral que sirva de norma á su conducta!!

La carta no fué publicada porque se perdió en el correo. De Buenos Aires me la mandaron á mí para saber si en mi opinión una carta tan llena de insultos é improperios debía publicarse, y yo la devolví enseguida con las frases y palabras inconvenientes borradas, diciendo que así creía que debía publicarse.

No llegó á la administración de Buenos Aires, perdiéndose en el Correo.

Hay buenos compañeros que aún cuando están conformes conmigo sobre esta cuestión, creen todavía que no conviene discutirlo mucho, calificando tales discusiones de bizantinas; pero á mí me parece muy útil y necesario esclarecerla, porque los compañeros de buena fe que quedan todavía sin comprender lo que es la moral anarquista, son como hombres desarmados en frente del enemigo, cuando algún miserable traidor se propone sacrificarlos, engañarlos ó explotarlos; también se pervierten ellos, acostumbrándose á hacer todo lo que se les antoja al momento, sin reflexionar ni pensar bien el pró y el contra de cualquier línea de conducta que piensan seguir.

Por haber rechazado toda moral, algunos de nuestros diarios vinieron á ser una vergüenza para la propaganda, siendo más indecentes en su lenguaje que los más indecentes burgueses.

Sobre la moral anarquista Kropotkine ha publicado todo un folleto, y hemos publicado de él algunos párrafos en EL OPRIMIDO, como también lo que dice sobre esta cuestión Eliseo Reclus en su conferencia sobre la Anarquía.

Pero ninguno de estos dos grandes pensadores ha podido presentar el asunto de modo que sea comprendido por nuestros antimoralistas.

Tengo el agrado ahora de poder ofrecerles la opinión de Bakounine, en un artículo publicado en *La Société Nouvelle,* del mes pasado.

En otro lugar pueden leerlo los compañeros.

J. CREAGHE.

La moral absoluta

¿ Hay un derecho humano y una moral humana absoluta ? Por el tiempo que corre, y viendo todo lo que pasa y que se hace en Europa, uno está obligado á hacer esta pregunta.

En primer lugar ¿ existe el absoluto, y no es todo relativo en el mundo ?

En cuanto á la moral y el derecho, lo que se llamaba derecho ayer, ya no lo es hoy, y lo que parece moral en la Gran China puede considerarse lo contrario en Europa. De este punto de visto, cada época no debería ser juzgada sino del punto de vista de las opiniones contemporáneas ó locales, y no habría ni derecho humano universal, ni moral humana absoluta.

De esta manera, después de haber soñado el uno y la otra cuando habíamos sido metáfisicos ó cristianos, hoy, siendo positivistas, deberíamos renunciar á este sueño magnífico, para recaer en la estrecha moral de la antigüedad, la que ignoraba hasta el nombre mismo de la humanidad, hasta el punto que todos los dioses no eran más que dioses exclusivamente nacionales, y accesibles solamente á los cultos privilegiados.

Pero hoy día, que el cielo ha quedado desierto, y que todos los dioses, incluyendo naturalmente el Jehovah de los judíos, el Alah de los mahometanos, y el buen Dios de los cristianos, se hallan destronados, hoy esto sería poco, y recaeríamos en el materialismo grosero y brutal de los Bismarck, de los Tiers y de los Federico II, según los cuales *el Dios estaba siempre de la parte de los grandes battallones,* como éste último lo ha tan bien expresado; el único objeto digno de culto, el principio de toda moral y de todo derecho sería la fuerza; es la verdadera religión del Estado.

¡Pero no, por cierto! Por más que somos ateos, y precisamente porque somos ateos, reconocemos una moral humana y un derecho humano, los dos absolutos. Solamente es preciso entendernos sobre la significación de la palabra *absoluta.* El absoluto universal, abrazando la totalidad infinita de los mundos y de los seres, no lo concebimos, pues no solamente somos incapaces de concebirlo por nuestros sentidos, sino que no podemos ni imaginarlo. Toda tentativa en este sentido nos llevaría al vacío, tan amado de los metáfisicos; es decir, á la abstracción absoluta.

El absoluto que entendemos nosotros es un absoluto muy relativo, y particularmente relativo al género humano.

El hombre está lejos de ser eterno: nacido sobre la tierra, morirá con ella, quizás antes de ella, dando lugar, según el sistema de Darwin, á un género más poderoso, más completo, más perfecto. Pero mientras exista, tiene un principio que le es inherente, y que le hace precisamente lo que es: éste es el principio que constituye, en relación con él, el absoluto. Vamos á ver qué es este principio.

De todos los seres que viven sobre la tierra el hombre es, al mismo tiempo que el más *social,* el más *individualista.* Él es también el más *inteligente.* Quizás hay algunos animales que son todavía más sociales que él, las abejas y las hormigas por ejemplo; pero en cambio, son tan poco individualistas, que los individuos de estas especies están completamente absorbidos y como aniquilados en la sociedad; son todo para la colectividad y nada, ó casi nada, para ellos mismos.

Parece que existe una ley natural en conformidad con la cual cuanto más una especie de animales sea elevada en la escala de los seres, por organización más completa, tanto más deja de latitud, de libertad, de individualidad á cada uno. Los animales feroces, que ocupan indudablemente el rango más elevado, son individualistas en grado supremo.

El hombre, animal feroz por excelencia, es el más individualista de todos. Pero al mismo tiempo (y es uno de sus rasgos distintivos) él es eminentemente, instintivamente y totalmente socialista. Tanto es así, que su inteligencia misma, que lo hace superior á todos los otros seres vivientes, y que lo constituye de cierta manera el dueño de todos, no puede desarrollarse y llegar á la conciencia de sí mismo sino en sociedad y por el concurso de la colectividad entera.

En efecto, sabemos muy bien que es imposible pensar sin palabras; sin la palabra, ó antes de ella, puede haber sin duda representaciones ó imágenes de las cosas, pero no hay pensamientos. El pensamiento no se desarrolla sino con la palabra. Pensar, entonces, es hablar entre sí.

Pero toda conservación supone á lo menos dos personas. El uno sois vos; ¿ quién es el otro ? Es todo el mundo humano que conocéis.

El hombre, en cuanto á individuo animal, como todos los animales de las otras especies, tiene del principio y desde que empieza á respirar, el sentimiento inmediato de su existencia individual; pero no adquiere la conciencia reflexiva de sí mismo, la conciencia aquella que constituye su personalidad propiamente dicho, sino por medio de la inteligencia, y, por consiguiente, solamente en la sociedad. Vuestra personalidad, la más íntima, la conciencia que tenéis de vosotros en vuestro interior mental, no es, hasta cierto punto, sino un reflejo de vuestra propia imágen repercutida y devuelta á vosotros como por tantos espejos, por la conciencia, tanto colectiva como individual, de todos los seres humanos que constituyen vuestro mundo social.

Cada hombre que conocéis y con quien os hallais en relación, sea directa ó sea indirectamente, determina más ó menos una parte de vuestro ser más íntimo, contribuye á haceros lo que sois, y á constituir vuestra personalidad.

En consecuencia, si un hombre se halla rodeado de esclavos, aunque sea amo de ellos, no es menos esclavo él, la conciencia de ellos no puede por menos que devolverle su imagen envilecida. La torpeza de todos los otros nos entorpece á nosotros, mientras que la inteligencia de los demás nos ilustra, nos eleva; los vicios de nuestro ambiente social son nuestros vicios, y ninguno puede ser un hombre realmente libre, si no se halla rodeado por hombres igualmente libres; la existencia de un solo esclavo sería suficiente para minorar su libertad.

En la declaración inmortal de los derechos del hombre, hecha por la Convención Nacional, se encuentra claramente expresada esta verdad sublime: *que la esclavitud de un solo ser humano es la esclavitud de todos.*

Ella contiene toda la moral humana, precisamente la que hemos llamado *la moral absoluta;* absoluta, sin duda, en relación con la humanidad solamente, y no con el resto de los seres, ni menos todavía en relación con la totalidad infinita de los mundos, por nosotros eternamente desconocidos. Encontramos el gérmen de ella más ó menos en todos los sistemas de moralidad que se han producido en la historia, y de los cuales ella ha sido de alguna manera la luz latente, una luz que no se manifestaba en general sino por reflejos tan inciertos como imperfectos. Todo lo que vemos de absolutamente verdadero, es decir, humano, á ella es debido. Pero como podría ser diferente, puesto que todos los sistemas de moralidad que se han desarrollado sucesivamente en el pasado, como también todos los otros desarrollados por el hombre, entre ellos los sistemas teológicos y metafísicos, no han tenido jamás otra fuente que la naturaleza humana no han sido más que manifestaciones de ella, más ó menos imperfectas. Pero esta ley moral que llamamos absoluta ¿qué es sino la expresión, la más pura, la más completa, la más adecuada, como dirían los metafísicos, de esta misma naturaleza humana, esencialmente socialista é individualista al mismo tiempo?

M. BAKOUNINE.